

DESDE EL PERIODO DEL POSCONFLICTO EN GUATEMALA A LA POSREDADA DE INMIGRACIÓN EN NEW BEDFORD: TEMPORALIDAD, VIOLENCIA Y CIUDADANÍAS ALTERNATIVAS

*Lisa Maya Knauer**

Hace algunos meses, me reuní con un amigo guatemalteco, a quien llamaré Samuel Aj, para platicar sobre sus experiencias durante y después de la redada que en 2007 hizo el Servicio de Inmigración y Control de Aduanas (Immigration and Customs Enforcement, ICE) en la fábrica Michael Bianco en New Bedford, Massachusetts, y por qué se había arriesgado a regresar a Estados Unidos después de que lo deportaran. Sin embargo, él comenzó la conversación contándome su infancia en una pequeña aldea del departamento del Quiché, situada al noroeste del país, configurada por la violencia estructural de la pobreza y por la violencia más grave del conflicto armado. Su familia, sin tierra, estaba prácticamente esclavizada por un terrateniente adinerado, o finquero; así, la única manera en que ellos podían rentar al finquero una parcela en el Quiché para subsistir era viajando a la costa cada año a cortar caña de azúcar en su plantación. La voz de Samuel se quebró y sus ojos se iluminaron con lágrimas al recordar el largo y difícil viaje anual a la costa y los meses de trabajo agotador. Igual de considerables eran las humillaciones que diariamente padecían él y su familia por ser del campo, mayas y pobres.

Sin embargo, para explicar más ampliamente su decisión inicial de irse de Guatemala, Samuel necesitaba contarme que cuando era un niño pequeño, a principios de la década de los ochenta, el ejército guatemalteco llegó a su pueblo y cómo él, su madre y algunos de sus hermanos se amontonaron en una fosa durante un día mientras las fuerzas armadas llevaban a cabo una sangrienta masacre encima de ellos. Para Samuel, la cronología de su migración hacia Estados Unidos no empezó a principios de 2000, cuando comenzó a planear su viaje, sino dos décadas antes.

La historia de Samuel marca la interacción de varias temporalidades en las vidas de los migrantes mayas guatemaltecos en Estados Unidos. Al igual que la mayoría de los migrantes mayas que he entrevistado, Samuel pudo decirme la fecha precisa, el día de la semana y la hora aproximada cuando finalmente llegó a New Bedford. Él puso esos indicadores personales y temporales dentro de varios marcos históricos mayores: el ritmo repetido de la migración temporal, determinada por

* Profesora investigadora titular de antropología y jefa del Departamento de Sociología y Antropología, Universidad de Massachusetts Dartmouth, <lknauer@umassd.edu>. Traducción de Amelia Estévez.

ocupaciones anteriores de tierras que hicieron que familias adineradas se apoderaran de tierras indígenas, y las décadas del conflicto armado condensado en un solo incidente del que él fue testigo; una marca indeleble que dividió su vida en un antes y un después.

El relato de Samuel, que formula sus experiencias de migración en términos de acontecimientos críticos de su niñez, provee una mejor perspectiva sobre los temas centrales de este capítulo. Las temporalidades que Samuel seleccionó están relacionadas con la violencia —tanto en las formas más insidiosas de la violencia diaria como en las masacres y asesinatos del conflicto armado interno en Guatemala, la guerra más brutal de América en el siglo xx (Doyle, 2012)—. Mi análisis indica que la violencia, en sus diversas formas, proporciona un hilo que conecta las experiencias de los migrantes en Guatemala con las que se han encontrado en Estados Unidos. Casi todos partieron de Guatemala para huir ya sea de la guerra, de la tasa extremadamente alta de agresiones, robos y asesinatos del periodo de la posguerra, o bien, de la violencia estructural de la pobreza y la falta de oportunidades. Sin embargo, como lo detallaré más adelante, sus estatus de indocumentados y diferencia racial hacen que los mayas sean vulnerables a la explotación y vejaciones en el lugar de trabajo, a la continua amenaza de detención y deportación, antes y después de la redada del ICE de 2007, así como a las agresiones y robos en las calles de New Bedford o en sus lugares de trabajo —un tipo de inseguridad que muchos pensaron que habían dejado en Guatemala—. Así pues, la migración transnacional ofrece un prisma que refracta las memorias individuales y colectivas del colonialismo, el desplazamiento y el genocidio, pero también las amenazas cotidianas a la seguridad personal.

Este capítulo está basado en casi siete años de trabajo de campo participativo y comprometido (Li, 2008) con la comunidad inmigrante centroamericana de New Bedford, en las visitas frecuentes que realicé a Guatemala desde 2009 y en un año de residencia en un pequeño pueblo en el departamento del Quiché en 2011. Empecé a ser voluntaria en una organización comunitaria maya pocos meses después de la redada de 2007, y después empecé un proyecto de investigación sobre el impacto que tuvo, la formación comunitaria y la identidad.¹ En 2009, ayudé a fundar una organización para los derechos de los trabajadores, el Centro Comunitario

¹ Las primeras etapas de mi investigación estuvieron financiadas por la Fundación Russell Sage y el Fondo de Servicio Público de la Rectoría de la Universidad de Massachusetts Dartmouth. Agradezco a Alan LeBaron por poner en contacto conmigo a Elaine Levine, editora de esta obra, y a mi colega Debra Rodman, por su continuo apoyo, y a muchos otros colegas que trabajan con y para comunidades migrantes. Nada de mi investigación hubiera sido posible sin la colaboración de muchas personas de la comunidad maya de New Bedford y de Guatemala, quienes han compartido sus historias conmigo, aunque no todos estos relatos aparecen en el presente texto. ¡*Maltyox chawe!* (¡gracias! en el idioma maya-k'iche').

de Trabajadores (CCT) y he seguido colaborando con él. Mi trabajo abarca desde la recaudación de fondos hasta ayudar a realizar reuniones con los funcionarios locales y hacer traducciones en una variedad de escenarios. Mi participación va más allá del trabajo de la organización, incluso en otras áreas profesionales como escribir declaraciones juradas periciales y cartas de apoyo en casos de inmigración y asilo, y hasta cartas personales. Al trabajar con temas de privilegio, género y diferencias culturales, he entablado amistades íntimas con varios migrantes mayas, algunas de ellas muy complejas y enredadas.

Aunque he realizado entrevistas formales, gran parte de mi investigación la he hecho bajo la forma de “participación observante” (Moeran, 2007) en lugar del concepto clásico “observación participante” (Tedlock, 1991; Lassiter, 1999). Como Tedlock (1991) señaló, debemos renunciar a la noción de objetividad y reconocer las relaciones intersubjetivas en el núcleo del trabajo de campo. Moeran (2007), entre otros, toma estas ideas un poco más allá y sugiere que el trabajo de campo puede cambiar profundamente “cuando usted ha cruzado la línea invisible que separa el escenario delante de los bastidores” (Moeran, 2007: 14; traducción de la autora). Mi formación y el capital social, avalados por mis credenciales académicas, me han puesto en una posición privilegiada como escritora y, por lo tanto, como alguien que puede hablar de la comunidad maya en New Bedford, por lo menos en ciertos contextos, como en este libro.

La antropología tiene un largo historial de complicidad con las iniciativas colonialistas (Asad, 1975; Hymes, ed., 1979; Harrison, 1997), y las relaciones de poder y privilegio influyen tanto en el trabajo de campo etnográfico como en la “redacción”. No obstante, he luchado por lograr crear una etnografía colaborativa que, desde el punto de vista de Lassiter, es “a final de cuentas, una tarea ética y moral que con el tiempo privilegia el discurso entre el o los consultores y el etnógrafo sobre el discurso disciplinario” (Lassiter, 1999: 610). Esto significó pedir permiso a los líderes comunitarios antes de empezar a escribir este capítulo y leer secciones del texto en voz alta a varias de las personas cuyas historias se reflejan aquí. Sin embargo, esto no implica que todos estén de acuerdo con cada observación o que yo carezca completamente de aquel largo historial de la antropología del colonialismo que ronda sobre los esfuerzos de los etnógrafos no nativos.

Gran parte de este texto trata sobre los actos de violencia cometidos en contra de los mayas en Guatemala y de los migrantes mayas en New Bedford, y al igual que muchos especialistas, luché con el dilema sobre qué y quién debería permanecer anónimo (Van den Hoonaard, 2003). Éste es un tema especialmente difícil en las situaciones del periodo del posconflicto y del posgenocidio. Algunos de mis colaboradores creen firmemente que la convención de las ciencias sociales de ocultar las identidades de las personas o lugares protege a los perpetradores y no a

las víctimas. Ellos se han cuestionado a quién se beneficia con el anonimato (Stein, 2010). Después de una larga serie de discusiones con mi Consejo Institucional de Revisión, se me permitió diseñar un proceso de consentimiento informado que permitía a los entrevistados decidir cómo se les identificaría en cualquier trabajo escrito. En otras palabras, se me permitió dar a los entrevistados la capacidad de decidir. Asimismo, hice uso de declaraciones que los individuos habían hecho en lugares públicos o que se habían reportado en la prensa. Sin embargo, las situaciones personales, la de empleo, de inmigración y domésticas pueden cambiar, lo que podría afectar sus percepciones de riesgo y vulnerabilidad. Así que, en lugar de confiar en la forma firmada o en el consentimiento verbal desde 2009, o incluso de tres meses atrás, o bien, en el hecho de que el nombre de alguien hubiera aparecido en el periódico, volví a contactar a todas mis fuentes primarias mayas para asegurarme de que se sintieran cómodas con la manera como redacté lo que habían dicho y también para discutir cómo deseaban que se les identificara. Yo respeté las decisiones que tomaron en el contexto de esta publicación específicamente.

Este artículo comienza con un análisis de la temporalidad como una manera de abordar el tema de los múltiples marcos históricos y escalas. Aquí se esbozan las dos trayectorias históricas más importantes que han determinado la formación de la comunidad maya en New Bedford: el historial de la violencia en Guatemala y la violencia cotidiana (Scheper-Hughes, 1993) de la reestructuración capitalista de la economía política en New Bedford. El tema de la violencia continúa conforme reviso la redada del ICE en 2007 y examino algunos acontecimientos relacionados con sus consecuencias: la voluntad cada vez mayor de los migrantes indocumentados de desafiar la violencia cotidiana del robo de salarios y otras formas de explotación laboral, así como los ataques físicos y crímenes violentos en contra de la comunidad. Por último, indico algunas relaciones provisionales entre la recuperación de la memoria histórica en Guatemala, en particular la participación de los testigos mayas en los recientes juicios por genocidio, y los migrantes que alzan la voz para denunciar las injusticias y el racismo en el lugar de trabajo en Estados Unidos. Yo sostengo que ambas son formas de reivindicar su capacidad de actuar y de ejercer modos alternativos de ciudadanía.

Como Barbara Tedlock indica en su texto clásico *Time and The Highland Maya* (1992), la visión del mundo de los mayas (a la que ellos se refieren comúnmente como *cosmovisión*) abarca múltiples temporalidades y cronologías no lineales. El sistema calendárico maya incluye un calendario solar de 365 días y un año ritual de 260 días, ambos arraigados dentro de unas series de periodicidad mucho más largas. El pasado, el presente y el futuro no están alineados en una hilera clara, por el contrario, estos ciclos distintos de tiempo se superponen y se cruzan en un nido de espirales o un palimpsesto. El presente contiene trazos del pasado y semillas del futuro.

La migración hacia Estados Unidos no es sólo una trasposición geográfica, sino también una adaptación a un nuevo conjunto de estados temporales. La cultura de los mayas del altiplano tiene sus propios y peculiares ritmos, los cuales giran en torno, por una parte, a la agricultura y, por otra, al calendario ritual o religioso. Los ciclos de la agricultura los determina el sol y la luna, las estaciones lluviosas y secas, y la siembra y la cosecha. Las rutinas diarias, que se dividen a menudo por género, se determinan por las necesidades de las cosechas y los animales; y específicamente a las niñas y mujeres les corresponden las tareas laboriosas de preparar y cocinar la comida y de limpiar. Los quehaceres empiezan en cuanto uno se despierta; el trabajo es a menudo arduo y tedioso, pero la gente tiene un grado de control sobre su tiempo. La semana está marcada por los días de mercado y, quizá, por la asistencia a la iglesia.

Cruzar la frontera significa que uno ahora está controlado por el reloj.² El día de trabajo comienza a una hora específica, y uno sólo puede tomar descansos cuando suena la campana o cuando el supervisor lo anuncia. El pago se calcula hasta con la precisión de un cuarto de hora, y los descansos se adaptan a las fracciones de tiempo permitidas por los supervisores y jefes. Uno tiene que registrarse en la oficina o en una agencia y perforar una tarjeta de tiempo.

La vida comunitaria en la Guatemala rural la determina, en gran parte, el calendario ritual (por lo general, se combinan las tradiciones cristianas y mayas) que incluye algunas fiestas de varios días, como la de los santos patronos, las festividades de la Semana Santa, el Día de Todos los Santos y las posadas de la temporada navideña (Tedlock, 1992). Al llegar a Estados Unidos, los migrantes mayas se encuentran con días festivos extraños, como el Día de Martin Luther King y el Día de los Caídos, cuyo significado puede no ser evidente de inmediato; e incluso los días festivos conocidos se celebran de manera muy distinta. Todo el país de Guatemala se paraliza prácticamente en la Semana Santa, pero en Estados Unidos la mayoría de los lugares de trabajo permanecen abiertos. Por lo tanto, los migrantes deben adaptarse a una cosmovisión diferente, que se refleja en una conceptualización distinta del tiempo en este plano aparentemente común y corriente, pero que en realidad tiene consecuencias importantes. Esto es la temporalidad tanto en el plano cosmológico como en el cotidiano o, para usar otro concepto, la temporalidad en los niveles macro y micro. Ahora hablaré de lo que podríamos llamar el nivel meso o intermedio, para analizar cómo los acontecimientos históricos recientes y lejanos han determinado la migración maya en Estados Unidos, así como la formación de la comunidad centroamericana en New Bedford. El surgimiento de la comunidad

² Herbert Guttman (1977) hace una observación similar sobre el papel del tiempo y los relojes en la adaptación de los campesinos europeos a la vida de las fábricas en Estados Unidos durante el siglo XIX.

maya en New Bedford durante las últimas tres décadas refleja, en muchos aspectos, la confluencia de dos cronologías distintas, una centrada en la cambiante situación económica y demográfica de New Bedford durante los últimos ciento cincuenta años y la otra arraigada en la tumultuosa historia de Guatemala.

Aunque cada migrante puede rastrear algunos acontecimientos específicos en su historia personal o familiar que provocaron su partida —la muerte o enfermedad de alguno de los padres, amenazas por parte de narcotraficantes—, el flujo constante de gente que proviene de las aldeas y caseríos del Quiché hacia departamentos en renta en edificios de tres pisos de New Bedford refleja una vertiente mayor. Por el lado de Guatemala, éstos datan desde la llegada de Pedro de Alvarado en 1524 hasta la ocupación de tierras del siglo XIX, así como la expulsión de Jacobo Arbenz en el golpe de Estado de 1954, que la CIA apoyó y que condujo a un conflicto armado que duró treinta y seis años, y la epidemia actual de la violencia de la posguerra (Grandin, 2000; Schlesinger y Kinzer, 2006). Por el lado de New Bedford, éstos tienen que ver con la larga reestructuración económica como respuesta a los cambios regionales, nacionales y globales en la esencia de la acumulación capitalista.

A pesar de que New Bedford no era el destino que tenían en mente los primeros mayas que llegaron aquí, durante la última década, se ha convertido en el destino principal para los migrantes mayas que vienen de la parte sur del Quiché —en especial de los municipios de Zacualpa, San Andrés Sajcabajá, Chinique y Joyabaj (Knauer, 2011a; Dirlam *et al.*, 2006)—. New Bedford es una ciudad en su mayoría de clase trabajadora y de inmigrantes, localizada al sureste de Massachusetts que durante un siglo ha estado tratando de reinventarse y encontrar un nicho seguro en una economía global cambiante por medio de tres actividades económicas importantes: la caza de ballenas, los textiles y la pesca comercial y el procesamiento de productos de pescados y mariscos. Desde principios del siglo XX, cuando menos, gran parte de la población ha nacido en el extranjero o es de origen inmigrante (Doeringer *et al.*, 1986), así que los mayas son simplemente algunos más de los recién llegados.

Las industrias marítimas durante mucho tiempo han desempeñado un papel en la economía de la ciudad. En el siglo XIX, cuando el aceite de ballena se utilizaba para las lámparas, New Bedford era uno de los puertos principales de caza de ballenas en el mundo y se ganó el apodo de “la ciudad que ilumina el mundo”. New Bedford es el punto de partida del épico viaje del *Pequod*, el barco ballenero del libro *Moby Dick* de Herman Melville, y la caza de ballenas y las industrias relacionadas con ésta atrajeron a migrantes de algunos de los puertos donde anclaban los buques balleneros, incluyendo el de Azores y Cabo Verde, así como inmigrantes irlandeses, francocanadienses y esclavos prófugos o negros liberados.

Sin embargo, la caza de ballenas de New Bedford comenzó a menguar en la década de los sesenta del siglo XIX por diversas razones, entre otras, el descubrimiento

de las reservas de petróleo, la Guerra Civil de Estados Unidos, el declive de las acciones bursátiles de la caza de ballenas, pero también porque Noruega desarrolló flotas de caza de ballenas más sofisticadas tecnológicamente. Hacia la década de 1840, New Bedford ya albergaba una fábrica textil grande, la Wamsutta Mills, y a medida que la caza de ballenas decaía, las élites locales empezaron a transferir sus inversiones hacia la industria textil. New Bedford se unió a las filas de otros pueblos textiles de Nueva Inglaterra, como Fall River y Lowell, motivadas por avances tecnológicos como el telar automático. Los inmigrantes y los migrantes internos acudieron en masa a New Bedford para trabajar en las fábricas; hacia 1905, sólo el 20 por ciento de la población de la ciudad había nacido ahí. Los altos salarios de los empleados de la industria textil ayudaron a mantener a flote la economía de la ciudad. Sin embargo, la sobreproducción, los altos salarios para la administración y el que los propietarios no hubieran invertido en nuevo equipo provocaron una caída en espiral hacia los años veinte del siglo xx; la producción se fue yendo hacia las nuevas fábricas en el sur de Estados Unidos. La fuerza laboral de las fábricas de New Bedford estaba en su mayoría sindicalizada, y cuando los propietarios de las fábricas anunciaron un recorte salarial generalizado del 10 por ciento en 1928, se inició una amarga huelga, que al terminar llevó a más recortes salariales cuando las fábricas volvieron a abrir. La Gran Depresión sólo exacerbó la situación, y para la víspera de la segunda guerra mundial, sólo trece fábricas permanecían abiertas. La población de la ciudad cayó de su nivel más alto de 130 000 en 1924 a 105 000 en 1956 (Boss y Thomas, 1983; Georgiana y Aronson, 1993; Wolfbein, 1944).

La tercera fase de la economía de altibajos de New Bedford gira alrededor de la pesca y el procesamiento de pescados y mariscos. El sitio web del puerto de New Bedford elogia el hecho de que New Bedford ha sido “el puerto número 1 de Estados Unidos desde el principio del siglo xxi” (Port of New Bedford, s.f.). En esta ciudad, la pesca comercial tiene una larga historia que data desde la época colonial y después de la segunda guerra mundial; se convirtió en una de las industrias locales clave e impulsó el desarrollo de una industria afín, la del procesamiento de pescados y mariscos. Las primeras plantas de pescado y mariscos a gran escala se construyeron en la década de 1940, y esta industria se convirtió en otra importante fuente de empleo, lo que atrajo a muchos trabajadores de Portugal y de Cabo Verde en las décadas de los sesenta y de los setenta (Doeringer *et al.*, 1986; Georgiana y Aaronson, 1993). Hacia finales de la década de los setenta, había más de veinte compañías procesadoras de pescado y mariscos en New Bedford. Alrededor del 75 por ciento de los empleados estaban sindicalizados y disfrutaban de salarios relativamente seguros. Sin embargo, una huelga fallida en 1981 llevó a un corte salarial importante y a una fuerte reducción de la afiliación sindical. Los salarios oscilaban alrededor de siete dólares por hora en la década de los ochenta (Doeringer *et al.*, 1986; Juravich, 2009;

Dirlam *et al.*, 2006). Hacia la primera década de los años 2000, no había prácticamente ningún trabajador de la industria del procesamiento que estuviera sindicalizado. En 2014, la mayoría de los trabajadores de base del procesamiento de pescados y mariscos ganaban el mínimo legal de ocho dólares por hora.³

Las reducciones salariales y la desaparición de los sindicatos de la industria del procesamiento de pescados y mariscos, que empezó a mediados de la década de los ochenta, coincidió con las sangrientas guerras civiles en Centroamérica que arrasaron con poblaciones. En algún momento entre mediados de la década de los ochenta y finales de ésta, los primeros salvadoreños llegaron a New Bedford, huyendo de la violencia que causaba estragos en su país (Knauer, 2011a); pocos años después, hicieron lo mismo los mayas guatemaltecos. El primer migrante maya que llegó a New Bedford, según las historias orales que recopilaron investigadores locales, fue un hombre al que los investigadores dieron el pseudónimo de Ismel Soc, un maya k'iche' ⁴ de Chinique, que huyó del conflicto armado de Guatemala. Originalmente había ido a Providence, Rhode Island, en donde ya había una pequeña comunidad guatemalteca, pero no encontró trabajo, por lo que se fue a New Bedford, que se halla a aproximadamente 56 kilómetros de ahí. La primera noche durmió bajo un paso a desnivel de la carretera y al día siguiente salió a buscar trabajo (Dirlam *et al.*, 2006). Las compañías de procesamiento de pescados y mariscos estaban buscando una fuerza laboral que aceptara la tasa salarial predominante y los centroamericanos estaban contentos de encontrar trabajo.

La voz corrió hacia el Quiché, y durante los siguientes años, uno a uno, hombres y jóvenes maya k'iche' empezaron a llegar a New Bedford. La firma de los Acuerdos de Paz en 1996 no detuvo la migración hacia Estados Unidos, ni lo hizo la seguridad fronteriza cada vez mayor tras los atentados del 11 de septiembre de 2001. Los primeros migrantes eran en su mayoría hombres, pero hacia principios de la década de 2000, una mayor cantidad de migrantes eran mujeres y niñas adolescentes —a menudo las hijas, hermanas o esposas de los migrantes anteriores (Knauer, 2011a)—. Los inmigrantes mayas y otros centroamericanos vivían relativamente tranquilos, tratando de pasar desapercibidos a los ojos de los oficiales de migración y otras autoridades, yendo de la casa al trabajo y del trabajo a la casa. Aunque ocasionalmente había quejas sobre los recién llegados, ya que algunos

³ La organización CCT, en conjunto con otras organizaciones, está llevando a cabo una encuesta sobre las condiciones de trabajo en la industria de pesca, con formularios muy detallados. Hasta el momento (junio de 2015), han recopilado información de más de ciento sesenta trabajadores. Aunque no se han publicado los resultados de las encuestas, como miembro del equipo he tenido acceso a la información bruta de las encuestas.

⁴ En Guatemala se diferencia entre una región geográfica establecida por el Estado nacional, el departamento de Quiché, y una etnia maya y su idioma materno, que se escribe k'iche' o k'ichee'. Se han dado varios esfuerzos para establecer una ortografía estandarizada en alfabeto latino pero todavía existen variaciones

consideraban que estaban “usurpando” los trabajos de salarios bajos a otras comunidades étnicas de clase trabajadora, y que los defensores de los derechos laborales observaban que los centroamericanos eran vulnerables a ser víctimas de delitos menores, como robos (Wilson, 2009), la comunidad había logrado no ser el centro de atención hasta la redada de Michael Bianco en 2007.

El pasado violento de Guatemala (y el presente) y la migración maya

Desde 1960 a 1996, Guatemala estuvo involucrada en un conflicto armado interno extremadamente sangriento que enfrentó a una fuerza guerrillera muy pequeña contra los militares guatemaltecos. La mayor parte de este periodo, Guatemala fue gobernada por dictadores militares, como el general Efraín Ríos Montt, quien asumió el poder tras un golpe de Estado en marzo de 1982. Aun cuando se restableció el gobierno civil en 1986, éste delegó poder a los militares. La guerra se terminó oficialmente con la firma de los Acuerdos de Paz en diciembre de 1996. La estrategia de “tierra arrasada”, implementada a principios de la década de los ochenta, que empezó bajo la presidencia de Ríos Montt y que siguió durante el régimen de Mejía Victores, se creó para aniquilar a las poblaciones que consideraban simpatizantes de los rebeldes. Pueblos enteros fueron quemados por completo, los cultivos y ganado fueron destruidos y la mayor parte o todos sus habitantes fueron masacrados. El padre Ricardo Falla (1992; 2011) y Victor Montejo (1999), entre otros, describen meticulosamente la manera sistemática como se llevó a cabo el genocidio; cómo los militares rodeaban un pueblo, reunían a los residentes, separaban a los hombres y las mujeres, y entonces, metódicamente, empezaban a torturarlos y después a matarlos. Las mujeres y las niñas a menudo eran violadas, desde las niñas pequeñas hasta las abuelas; algunas niñas y mujeres eran robadas para servir como esclavas sexuales en “casas de violación” que se montaban en los pueblos en donde los militares se acuartelaban (Sanford, 2008; Costantino, 2012).

Cuando menos 626 pueblos fueron completamente destruidos y se registraron más de 640 masacres. Se calculó que el número de muertos rebasaba los doscientos mil, pero este número podría ser mayor puesto que muchos de los sobrevivientes no quisieron hablar con los investigadores por miedo a represalias.⁵ Los cementerios clandestinos están dispersos por todo el campo y los investigadores forenses están todavía exhumando las fosas comunes.⁶ La mayoría de las actividades del

⁵ El Informe de la Comisión para el Esclarecimiento Histórico está disponible en inglés. Hay una versión de un solo volumen disponible en inglés.

⁶ La Fundación de Antropología Forense de Guatemala (FAFG) es una organización no gubernamental

ejército tuvieron lugar en el altiplano, y se centraron en las comunidades rurales en donde la población era casi totalmente indígena. El departamento del Quiché fue una de las áreas que más duramente se atacó; más de la mitad de las masacres registradas tuvieron lugar en el Quiché (CEH, 1999). Más de un millón de guatemaltecos se convirtieron en refugiados internos, otros huyeron a través de la frontera con México, o siguieron más al norte hacia Estados Unidos. Un número pequeño, como Ismel Soc, terminó en New Bedford, y encontró trabajo ahí.

Los Acuerdos de Paz de 1996 establecieron la Comisión para el Esclarecimiento Histórico (CEH), bajo la supervisión de las Naciones Unidas, que documentó e investigó las violaciones de los derechos humanos durante el conflicto armado. La Iglesia católica también creó su propio proyecto, la Recuperación de la Memoria Histórica (Remhi). Los dos informes, publicados en 1998, proporcionaron horribles detalles de la sistemática campaña militar para desplazar y eliminar poblados rurales, rasgar el tejido social y destruir eficazmente la población civil en las tierras altas (CEH, 1999).

A pesar de que lo peor de la lucha terminó en 1986, la mayoría de los mayas que actualmente viven en New Bedford migraron después de que se firmaran los Acuerdos de Paz, y muchos de ellos han llegado en el siglo XXI. Las razones de la continua emigración radican en la profunda desigualdad estructural que ha hecho del Quiché el departamento más pobre de Guatemala. La guerra también propició otra serie de ocupaciones de tierras. Las familias que habían huido a otras partes de Guatemala o a México regresaron a sus pueblos después de que terminara la guerra y se encontraron con que los militares o sus partidarios de las élites locales se habían adueñado de sus hogares y sus tierras. Como había muy poco trabajo remunerado en el área, las pocas opciones eran la agricultura de temporada en la costa, la migración en busca de trabajo hacia la ciudad de Guatemala o hacia Estados Unidos.

Los acontecimientos del 11 de septiembre de 2001 son otro indicador histórico para los migrantes mayas, ya que el reforzamiento de la frontera cada vez mayor ha hecho que el cruce fronterizo sea más peligroso y costoso. Antes de 2001, se podía cruzar sin un coyote, pero eso ya no es posible y los precios se han disparado. Aunque el costo para cruzar la frontera puede variar, actualmente (2013-2014) es por lo menos de cinco mil o seis mil dólares para ir del Quiché a New Bedford, y puede subir mucho más, puesto que los traficantes a menudo secuestran a los migrantes y los mantienen en “casas de seguridad”, en Texas o Arizona, mientras piden más dinero a sus familias.⁷

que sigue llevando a cabo exhumaciones relacionadas con el conflicto armado. Se pueden encontrar estadísticas, informes y otras publicaciones en <<http://www.fafg.org/>>.

⁷ Esta información fue recabada de conversaciones con cinco guatemaltecos que migraron antes de 2001 y cinco que llegaron durante el último año.

A casi veinte años de que haya terminado la guerra, Guatemala sigue siendo un lugar extremadamente violento e inseguro para vivir. El trabajo sigue siendo escaso, especialmente para aquellos que viven en áreas rurales y con alfabetización limitada, así como con un manejo limitado del español. Para poder empezar un pequeño negocio se requiere de capital, y eso también significa tener que pagar protección a las “maras” (argot para “pandillas”) o a grupos del crimen organizado. Guatemala tiene una de las tasas de homicidios más altas de América, gran parte debido al tráfico de drogas y al crimen organizado. Además, hay mucha extorsión, programas falsos de inversión y estafas.⁸

Se sabe muy bien que la policía es corrupta y que a menudo está coludida con las bandas criminales, lo que refuerza la cultura de la impunidad que se estableció durante el conflicto armado, así que hay poca protección para aquellos a quienes la delincuencia organizada estafa o victimiza (International Crisis Group, 2011; U.S. Department of State, 2011; Brands, 2010). Hasta cierto punto, New Bedford se opone a la tendencia nacional migratoria. La creciente aplicación de políticas de la administración de Obama ha hecho que se lleven a cabo un número sorprendente de deportaciones —más de dos millones entre 2008 y 2013— y un declive generalizado de llegada de migrantes (Gonzalez-Barrera y Krogstad, 2014). No obstante, hay todavía guatemaltecos, la mayoría muy jóvenes, que siguen llegando a New Bedford. Entre octubre de 2013 y abril de 2014, ha habido por lo menos seis llegadas nuevas, hasta donde yo sé, y otras dos en los centros de detención del ICE en Texas.

Desde la huelga de 2007, en estos años la población maya de New Bedford se ha seguido desarrollando. Es imposible obtener una cifra precisa que cuantifique la población maya, ya que la mayoría son indocumentados y procuran pasar desapercibidos. Sin embargo, los funcionarios municipales están muy al tanto de la presencia de esta comunidad. En muchas ocasiones durante 2008 y 2009, vi al entonces alcalde Scott Lang tomar una postura al decir que él representaba a toda la población de cien mil habitantes. Dijo además que aunque sabía que las cifras oficiales de aquel momento decían que la población de la ciudad era de alrededor de 93 000 habitantes, él contaba con que se estimaba que había una población inmigrante de seis o siete mil habitantes. El cálculo estimado más reciente de los defensores locales de los derechos de los inmigrantes es de entre 7000 y 7500; esto incluye a hijos de los migrantes mayas que ya nacieron en Estados Unidos.⁹

Por otra parte, hubo un esfuerzo conjunto para hacer que la comunidad de inmigrantes participara en el Censo 2010. Los funcionarios de los censos locales

⁸ David Stoll, en su reciente libro *El Norte or Bust* (Stoll, 2012) discute el impacto de las estafas y otras esquemas de préstamos e inversión en una comunidad ixil.

⁹ Esta cifra está basada en conversaciones con oficiales municipales y miembros de organizaciones que trabajan con la comunidad migrante.

hicieron amplias campañas de divulgación en las organizaciones que atendían a la comunidad inmigrante, y contrataron a algunos activistas proinmigrantes que tenían estatus legal como promotores del censo. Los defensores de los inmigrantes reconocieron la importancia de que se les contara. Las oficinas del Centro Comunitario de Trabajadores, la organización comunitaria de la que hablaré más adelante, tenía tazas, lápices y otros materiales promocionales del Censo 2010. Incluso los funcionarios consulares enfatizaron la importancia de la participación. A principios de 2010, durante una de sus visitas habituales, el cónsul general de El Salvador en New Bedford durante diez o quince minutos estuvo explicando a las audiencias salvadoreña y guatemalteca por qué era importante para los gobiernos de “el país de origen” que los ciudadanos migrantes participaran.

Las cifras preliminares del Censo 2010 muestran que, de un total de 95 000 habitantes, la población hispana o latina de New Bedford representaba el 16.7 por ciento. Esto señalaba un aumento considerable sobre las cifras del Censo 2000, cuando la población total era de 93 768 habitantes, y la hispana o latina constaba del 10.7 por ciento (U.S. Census Bureau, s. f.). Los funcionarios locales de New Bedford admitirán, de forma privada, que creen que el aumento moderado de la población se debe, por lo menos en parte, a la continua inmigración que viene de Centroamérica, en especial de Guatemala, y a la tasa de natalidad de la población inmigrante. No existen cifras oficiales que muestren el desglose de sexos por grupo étnico o raza, pero con base en mis observaciones y de aquellas personas que trabajan con la comunidad inmigrantes, durante la última década esta comunidad se ha vuelto menos una comunidad de trabajadores temporales hombres y más de familias.¹⁰

A continuación utilizaré las experiencias de una familia de hermanos para analizar cómo la violencia, tanto en Guatemala como en Estados Unidos, determina las trayectorias de migración. Xina era la primera de la familia en venir a Estados Unidos.¹¹ Su familia vivía en una aldea rural en el sur del Quiché. Ella es la mayor de diez hijos de una familia extremadamente pobre. A pesar de que durante el conflicto armado era sólo una bebé, Xina recuerda cómo su mamá la agarraba cuando los aviones o helicópteros sobrevolaban donde ellas estaban. Su madre quedó viuda

¹⁰ Además de mi continua participación con la comunidad, estas observaciones se basan en muchas conversaciones informales con el padre Marc Fallon, de los Servicios Católicos Sociales (Catholic Social Services), con Judith Martínez, la directora de El Centro para Mujeres (The Women's Center) de New Bedford y con Corinn Williams, la directora ejecutiva del Centro de Desarrollo Económico de la Comunidad (Community Economic Development Center); todos ellos han participado durante muchos años con la comunidad maya.

¹¹ Al igual que sucede en muchas familias de migrantes mayas, los hermanos que menciono en estos relatos tienen distintos estatus migratorios. Uno tiene la residencia permanente, otros son indocumentados, aunque tres de ellos están consultando abogados para regularizar su estatus. A su madre la siguen hostigando en Guatemala. Por esta razón, todos los nombres que aparecen aquí son pseudónimos y no nombro las comunidades donde la familia ha vivido.

cuando a su padre lo asesinaron a principios de la década del 2000; la familia cree que unos terratenientes ladinos lo mataron. A la familia la siguieron hostigando aun después de la muerte del padre, y a la madre le costó mucho trabajo mantener a sus muchos hijos con lo poco que ganaba siendo una experta tejedora. Xina quería ayudar a su madre, así que trabajó durante un tiempo como empleada doméstica para una familia ladina, pero cuenta que el hombre de la casa y sus amigos le hicieron insinuaciones sexuales. Con esto estaba en una disyuntiva; si seguía resistiéndose, el hombre podría fácilmente despedirla. No era importante si algo pasaba entre ellos o no. Él podía acusarla fácilmente de haberlo seducido, o de haber tratado de seducirlo y, por supuesto, era la palabra de él contra la de ella. Así que decidió que tenía que dejar a su familia e irse a Estados Unidos. Empezó realizando trabajo agrícola en Connecticut. Mientras tanto su hermano menor, José, el segundo hijo, vino a Estados Unidos y se estableció en New Bedford, así que Xina se le unió.

A José lo asaltaron en la calle de New Bedford y llamó a la policía; él cooperó con la investigación y en 2012 se le concedió una visa U —una visa otorgada a víctimas de ciertos crímenes quienes cooperan con las autoridades, lo cual les da una vía rápida a la residencia permanente. Ese mismo año, dos poderosos hombres ladinos que estaban coludidos con políticos locales empezaron a hostigar y amenazar a su madre, doña Cristina, quien todavía vivía en la aldea con sus hijos menores. La amenazas eran tan fuertes que doña Cristina contactó a una mujer que estaba capacitada como “promotora jurídica” y quien la ayudó a presentar cargos. Sin embargo, el sistema legal es conocido por su lentitud, así que los hombres fueron puestos en libertad mientras el caso todavía seguía en proceso. Éstos siguieron molestando y empezaron a amenazarla con que lastimarían a sus hijos si no retiraba los cargos. Los dos hijos que estaban en Estados Unidos mandaban dinero para construir una casa en otra comunidad. Yo estuve presente en agosto de 2013, cuando la familia se trasladó a su nueva casa y grabé sus lágrimas de alivio y agradecimiento cuando inauguraron solemnemente su nuevo hogar. Sin embargo, la familia todavía se sentía insegura, en especial los hijos más grandes que permanecían en Guatemala. Los dos hijos mayores fueron amenazados directamente por estos señores, uno con arma de fuego, y en varias ocasiones las dos hijas más grandes fueron violadas. Así que uno por uno, dos hijos de veintiuno y quince años, y una hija de dieciocho se fueron yendo de Guatemala hacia Estados Unidos en la segunda mitad de 2013.¹² Así vemos cómo la violencia de la guerra, incluyendo violencia

¹² Este relato se basa en mi larga amistad con las “ramas” estadounidenses y guatemaltecas de esta familia. Conozco a Xina y a José desde 2008 y he visitado a su madre y hermanos en Guatemala varias veces desde 2009. Conocí a los tres hermanos que migraron en 2013 cuando todavía estaban en Guatemala. Durante mis estancias en ese país, entablé muchas conversaciones con doña Cristina sobre las amenazas y la puse en contacto con la promotora jurídica. Realicé una entrevista formal con Xina y varias

sexual, sigue repercutiendo en las vidas de los sobrevivientes, incluyendo los que no experimentaron la guerra directamente, y formas de violencia racial se reproducen en la diáspora,

La redada del ICE de 2007 representa un momento decisivo en el desarrollo de la comunidad en New Bedford. A aquellos que trabajaban en la fábrica Michael Bianco les pareció que la redada fue una violenta agresión, ya que se llevó a cabo de manera muy militarizada —más de quinientos agentes federales, estatales y locales con equipo antimotín rodearon el edificio, acompañados de ruidosos helicópteros que sobrevolaban y de vehículos de la Guardia Costera que se encontraban en el puerto cercano—. Los agentes trataron a muchos de los detenidos de una manera psicológicamente brutal y denigrante utilizando insultos raciales. Muchos años después de la redada, a Samuel Aj todavía se le salen las lágrimas al describir la forma en que los funcionarios del ICE trataron a los detenidos. Después de que los agentes de esta institución ingresaron a la fábrica y les dijeron a los trabajadores que no se fueran, “nos amarraron las manos y los pies. Nos pusieron en grupos de cinco y nos encadenaron los unos a los otros, así que si uno tenía que ir al baño, todos tenían que ver” (comunicación personal). A la mayoría de los trabajadores guatemaltecos de Michael Bianco, como Samuel, se los llevaron rápidamente a los centros de detención para inmigrantes en la lejana Texas, en donde se les incomunicó de sus familiares y de la comunidad de New Bedford. Muchos se desmejoraron en la detención durante meses, y padecieron y describieron los centros de detención como una “cárcel” o una “prisión”. Aunque algunos tuvieron acceso a la asistencia legal y lograron defender sus casos exitosamente, aproximadamente cien fueron deportados. Algunos firmaron voluntariamente las órdenes de deportación simplemente para terminar lo que para ellos era una “tortura”; otros firmaron las órdenes porque estaban mal informados sobre el contenido de los papeles —que estaban escritos en inglés— o porque tuvieron una asesoría legal deficiente y no sabían que podían emprender acciones legales. Samuel se negó a firmar la orden de deportación voluntaria, pero no pudo conseguir una asesoría legal adecuada, por lo que, después de ocho meses de estar detenido, fue deportado a Guatemala. Sin embargo, sus dos pequeños hijos se encontraban en Estados Unidos junto con su mamá, así que se arriesgó a hacer el largo y costoso viaje una segunda vez para estar con ellos.

Además, la redada militarizada sacó a relucir las memorias individuales y colectivas de los ataques de la época de la guerra en los poblados rurales, los cuales se llevaron a cabo de manera muy similar. No sólo los trabajadores de Michael Bianco, sino también trabajadores migrantes de otras compañías del área que pudieron

conversaciones informales con ella, con José y con los otros hermanos que ahora viven en New Bedford. También revisé muchos documentos legales en donde se han registrado las amenazas.

ver y oír la redada, sintieron que estaban reviviendo el trauma de los conflictos armados de sus países. Adrián Ventura recuerda que estaba trabajando en el tercer piso de una vieja fábrica textil, en una compañía local que bordaba logotipos y diseños en gorros deportivos y otros artículos, la mañana del 6 de marzo de 2007, cuando se llevó a cabo la redada. Él señaló que “cuando miré a través de la ventana del tercer piso y vi los helicópteros que sobrevolaban, pensé que estaba de regreso en Guatemala, ya que durante la guerra había helicópteros que tenían marcado U.S.A. en la parte de abajo, y cuando éstos venían era porque estaban arrojando bombas o disparando, o porque iban a atacar”. Además, expresando un sentimiento compartido por muchos otros migrantes a los que ya había entrevistado, dijo: “Me fui de Guatemala para huir de la guerra, para huir de un gobierno que atacaba a su propia gente. No esperaba encontrar esto en Estados Unidos”.

La primera vez que Adrián escapó de Guatemala fue cuando tenía ocho años, después de que el ejército atacara la comunidad en donde vivía su familia y quemara su casa. Después de vivir en México, regresó, siendo un joven adolescente, a Guatemala, en donde durante los siguientes años fue testigo de la tortura de su padre y de la violación en grupo de familiares mujeres, y donde vivió los muchos ataques del ejército a su comunidad y a las aldeas y pueblos cercanos. Cuando hablé con él en New Bedford, en 2014, comentó que estaba tan impresionado con la redada militarizada del ICE de 2007 en la fábrica Michael Bianco que “tenía miedo de regresar a mi departamento. Me quedé fuera porque pensé que [el ICE] podría venir por mí”.

La redada sacó a la comunidad inmigrante indocumentada de la penumbra hacia a la luz, y aunque algunos de los efectos inmediatos fueron el clima de miedo—durante los días que siguieron a la redada, al igual que Adrián, muchos otros inmigrantes se quedaron en casa sin ir a trabajar, temerosos de que su lugar de trabajo fuera el siguiente en ser atacado— al mismo tiempo también armó de valor a la comunidad para afirmar su presencia y proclamar su derecho a estar ahí. En cierto modo, la comunidad encontró su voz. Los inmigrantes mayas y otros centroamericanos de New Bedford empezaron a abogar por políticas de reconocimiento recurriendo a los discursos sobre los derechos de los inmigrantes, que ganaron terreno después de las protestas nacionales del 1 de mayo de 2006, cuando decenas de miles de inmigrantes indocumentados marcharon en ciudades de todo el país, y a los discursos sobre derechos humanos. Esto no es para minimizar el impacto psicológico de la redada en muchos de los que fueron detenidos (Ríos, 2013a). La mayoría de los que se quedaron en Estados Unidos todavía están en un limbo legal (Sherman, 2013); se tienen que reportar al ICE regularmente por teléfono y periódicamente en persona; algunos tienen que traer puesto un monitor electrónico en el tobillo, al que describen como grilletes. Ellos consideraban que esta

molesta vigilancia era una criminalización. En 2013, en un acto público que conmemoraba el sexto aniversario de la redada, a María A., una mujer salvadoreña que pasó varios meses en un centro de detención, se le llenaron los ojos de lágrimas mientras hablaba de las pesadillas y rachas de depresión que la aquejaron, y de la humillación de tenerse que reportar al ICE cada semana.

No obstante, las implicaciones de la redada tuvieron un mayor alcance. La fábrica Michael Bianco no sólo había contratado trabajadores indocumentados, sino también había robado salarios. Para evitar pagar horas extra, la fábrica había abierto una segunda compañía en papel para que los trabajadores realizaran un turno para la primera compañía, luego checaran la salida y volvieran a checar la entrada de un segundo turno de ocho horas para la otra compañía. Los defensores de los derechos laborales y de los derechos de los inmigrantes emprendieron acciones legales y a la compañía se le ordenó pagar 187 000 dólares a sus antiguos empleados, incluyendo a muchos que habían sido deportados a El Salvador o Guatemala. Irónicamente, al sacar a la luz a la comunidad inmigrante indocumentada, la experiencia de la redada sirvió para armar de valor a muchos trabajadores inmigrantes, y creó además nuevas alianzas con organizaciones laborales, religiosas y otros tipos de organizaciones comunitarias.

Aproximadamente un año después de la redada, otra fábrica del lugar, la Ahead Headwear Company, despidió sumariamente a sus empleados mayas, algunos de los cuales habían trabajado anteriormente en la fábrica Michael Bianco. En lugar de aceptar silenciosamente esos despidos y buscar trabajo en otro lugar, los trabajadores y sus aliados de la comunidad organizaron una protesta pública. Muchos de los empleados que habían sido despedidos ganaron una demanda por discriminación y recibieron un monto considerable con el acuerdo.

Alrededor de 2005, este tipo de acciones ya habían ocurrido esporádicamente en los lugares de trabajo, pero la redada y sus consecuencias ayudaron a promover la formación de una organización dirigida por inmigrantes, que se enfocaba exclusivamente en informar a los inmigrantes sobre sus derechos como trabajadores y a ayudarlos a tomar medidas en contra de sus patrones; esta organización es el Centro Comunitario de Trabajadores (CCT). En los últimos dos o tres años, el CCT se ha instituido no sólo como un importante recurso para los trabajadores inmigrantes, sino también como una fuerza reconocida por los patrones locales y, cada vez más, por funcionarios municipales y otros. Por ejemplo, el CCT ahora se reúne mensualmente con oficiales de la División de Trabajo Justo del Fiscal General (The Attorney General's Fair Labor Division) para revisar las quejas de los trabajadores y discutir remedios legales. Desde su fundación en 2009, ha trabajado muchas veces en colaboración con otras agencias estatales, y gracias a ello ha logrado obtener literalmente cientos de miles de dólares por robos de salario, horas extra no pagadas y

daños. Este acontecimiento muy local se equipara con esfuerzos similares de organización por parte de trabajadores indocumentados de otros lugares del país, que están saliendo cada vez más de la penumbra y están proclamando su presencia y pidiendo ser reconocidos. Es importante aclarar que el CCT no es una organización maya, y aboga para los derechos de todos los trabajadores inmigrantes y de bajos salarios, incluyendo trabajadores puertorriqueños que no son técnicamente inmigrantes porque son ciudadanos estadounidenses. No obstante, los mayas constituyen la mayor parte de la fuerza laboral de bajos salarios en New Bedford.

Ahora quiero regresar a las formas en que la violencia, pasada y presente, y recordada y olvidada, han determinado las experiencias de los migrantes mayas. En el otoño de 2013, cuando comenzaba a atardecer un sábado, un guatemalteco de mediana edad, llamado don Simeón, iba hacia su casa en bicicleta después de haber recogido su cheque de pago. Varios hombres, uno de ellos con pistola, lo rodearon y tiraron al suelo, tomaron su cheque y teléfono celular, y lo golpearon tan duramente que tuvo que ser llevado al Hospital St. Luke's. Al principio parecía que perdería un ojo, pero afortunadamente fue muy bien atendido y pudo regresar a trabajar. Sin embargo, todavía se le nubla la vista. Éste no fue un hecho aislado. Los criminales, quienes los ven como blancos fáciles por varias razones, a menudo victimizan a los migrantes mayas y a otros centroamericanos. Muchos caminan o andan en bicicleta hacia y del trabajo, ya que las rutas de los autobuses y horarios no se ajustan a sus horas y lugares de trabajo; si manejan sin licencia se arriesgan a que los multen, a que los arresten o a perder sus automóviles. Como muchos no tienen cuentas de banco, con frecuencia llevan con ellos alguna cantidad de dinero. Además, la mayoría de los agresores creen que, como son indocumentados, los mayas no llamarán a la policía. En el último año y medio, el CCT ha registrado por lo menos cincuenta casos de agresiones o robo en las calles, o incluso en los lugares de trabajo. En muchas ocasiones, los agresores utilizaron epítetos raciales o insultos antiinmigrantes. Por supuesto, otros migrantes centroamericanos han sido blancos de ataques, no solamente los mayas guatemaltecos, pero los mayas son más numerosos y más visibles. Durante los meses que transcurrieron entre que recibí la invitación para escribir para este volumen y terminar la versión original en inglés, hubo por lo menos media docena de agresiones a los miembros de la comunidad. El entonces presidente de la junta del CCT, Juan Sam, un hombre pequeño y delgado, ha sido asaltado dos veces a plena luz del día durante un periodo de tres meses en 2014 (Ríos, 2014b).

Para las víctimas mayas, estas agresiones son recordatorios dolorosos del pasado violento que ellos esperaban haber dejado en Guatemala. Simeón es un sobreviviente de una masacre, como lo son otras de las víctimas mayas. Las agresiones subrayan la continua vulnerabilidad de los mayas en lo que ellos veían como un

lugar de seguridad y refugio. El carácter racial que se percibe en las agresiones vuelve a abrir las heridas recién cerradas y desentierra las memorias de una vida de discriminación y humillación que ellos han padecido como indígenas en Guatemala. Estas agresiones también subrayan las posiciones liminales que ocupan los migrantes en Estados Unidos (Menjivar, 2006). Incluso los pocos que tienen estatus legal no son inmunes, ya que los agresores no saben quién tiene papeles y quién no, y aquellos que sí los tienen también se sienten vulnerables y fuera de lugar.

La comunidad ha tratado de informar de estos crímenes a las autoridades durante varios años. En 2007, cuando empecé a trabajar de voluntaria en la Organización Maya K'iche, ésta se reunía regularmente con el jefe de la policía para alentar a los inmigrantes a que denunciaran los delitos, asegurándoles que a la policía local no le interesaba su estatus migratorio y que no informaría al ICE. En otra ocasión, en el verano de 2012, el CCT invitó a un teniente de la policía y al cónsul de Guatemala a una reunión de la comunidad para tratar lo que muchos veían como agresiones motivadas por prejuicios raciales. El hecho de que tanto el teniente como el cónsul asistieran a las pláticas de la comunidad era un logro de reconocimiento por parte de los funcionarios guatemaltecos y estadounidenses.¹³

Cuando el teniente preguntó cuántos de los presentes habían sido agredidos, casi todos levantaron la mano. Cuando preguntó cuántos habían llamado a la policía, sólo unos cuantos la levantaron. A veces, a ojos de los migrantes mayas, la policía es parte del problema. En las reuniones y conversaciones sobre las agresiones, los migrantes dijeron que la policía respondía lentamente cuando la llamaban para presentar una queja. Un hombre detalló cómo fue agredido en 2012, y dijo que el atacante se quedó cerca del lugar y que cuando llegó la policía, éste se presentó diciendo que él podía ser el intérprete de la víctima. “¿Así que cómo podemos hablar con la policía si la persona que nos agredió es el que está traduciendo?”, preguntó.

Vale la pena examinar cómo las víctimas y los líderes de la comunidad conceptualizan estos delitos. Los migrantes ven un patrón de delitos de odio motivados por prejuicios raciales y no simples robos. Ellos han notado que en algunos casos el robo no parecía ser el motivo principal, ya que las víctimas llevaban grandes cantidades de dinero en efectivo u objetos de valor que los atacantes no tocaron. En cambio, parecía que lo que querían era causar daño físico. Adrián Ventura y su hijo fueron agredidos por hombres que usaron una pistola *taser* para inmovilizarlos temporalmente. En varias ocasiones los agresores usaron frases antiinmigrantes o profirieron insultos raciales. Hay que observar que esas agresiones no son exclusivamente en contra de los mayas; las víctimas incluyen a los hondureños y salvadoreños, quienes son, hasta cierto punto, también de otra raza.

¹³ Estas agresiones fueron reportados de vez en cuando en el periódico local. Véase Brown (2012).

En el otoño de 2013, el CCT pidió realizar una reunión con el alcalde, con el jefe de la policía y con la Comisión de Relaciones Humanas (Human Relations Commission) de la ciudad para analizar el problema. Adrián Ventura, el director ejecutivo del CCT, comenzó agradeciendo al jefe de la policía, al alcalde y otros funcionarios su presencia, pero en lugar de comenzar planteando las preocupaciones de la comunidad y detallar el patrón de las agresiones, lo hizo explicando por qué los mayas estaban en New Bedford. En su opinión, esta historia empezó con la invasión española en Guatemala hace casi quinientos años, y continuó con el golpe de 1954 (al que se refirió como la otra invasión), el conflicto armado y, después, la redada del ICE de 2007. En su mente, todo esto estaba relacionado y, como dijo, no sólo los acontecimientos de décadas pasadas o siglos pasados ayudan a explicar el presente, sino que los acontecimientos de un pasado más reciente (la redada de 2007, la cadena de agresiones) esclarecen a su vez el pasado más distante. Su explicación hizo uso de múltiples temporalidades, lo que permite interpretaciones múltiples y alternas de estos sucesos.

Después de su presentación, tres hombres jóvenes, Efraín, González y Pascual (este último todavía es un adolescente),¹⁴ describieron, con voz entrecortada, las agresiones que habían sufrido. Todos estaban visiblemente nerviosos. Ellos acaban relativamente de llegar a New Bedford, pero ninguno se siente del todo cómodo hablando en español, especialmente en público. Es cierto que no estaban acostumbrados a estar en una oficina de gobierno (estábamos en una sala de juntas en el Ayuntamiento) y sentados en la misma mesa que los funcionarios. En Guatemala, los alcaldes, la policía y otros funcionarios —incluso los que son también mayas— con frecuencia tratan mal a sus electores mayas o ladinos pobres.¹⁵ Pascual, en particular, temblaba al hablar y mantuvo sus ojos viendo hacia abajo mientras explicaba cómo otro colega del lugar de trabajo lo había agredido con la aparente complicidad de su supervisor, quien se quedó ahí sin hacer nada.

Después de esta reunión, la oficina del alcalde anunció el nombramiento del primer miembro maya de la Comisión de Relaciones Humanas. Esto suscitó una respuesta mixta por parte de los líderes del CCT. Por una parte, reconocieron la importancia simbólica de tener un representante maya en el organismo, pero, en su opinión, la persona designada no participaba en la comunidad, y pensaban que

¹⁴ El señor González pidió ser identificado sólo por su apellido y Efraín y Pascual pidieron ser identificados sólo por sus nombres.

¹⁵ Durante el trabajo de campo en Guatemala, oí varias veces, través de los líderes de la comunidad maya o de organizaciones de mujeres, que la gente se quejaba de que en las oficinas de gobierno, cortes, clínicas de salud e, incluso, ONG no les hacían caso o los hacían esperar durante horas. Varias veces acompañé a grupos o personas; y éstas después me dijeron que mi presencia hizo que los recibieran más rápida y cortésmente que en otras ocasiones.

el alcalde tendría que haber consultado a los líderes de ésta antes de hacer el nombramiento (Adrián Ventura, Juan Sam, comunicaciones personales varias fechas).

Las víctimas de agresiones que cooperan con la investigación policiaca pueden obtener una visa especial llamada visa U, que los pone en la vía rápida para obtener el permiso de residencia y trabajo (la tarjeta verde o *green card*). El CCT ha tratado de alentar a las víctimas de crímenes a denunciar y cooperar con las investigaciones policiacas. Sin embargo, ha sido muy difícil superar los antiguos patrones establecidos de la falta de confianza en los funcionarios y, en especial, aquellos que llevan puesto un uniforme y portan armas. Durante el conflicto armado, la policía guatemalteca era una rama subordinada del ejército. En el mejor de los casos, se quedaba sin hacer nada mientras observaba cómo las masacres se llevaban a cabo; en el peor de los casos, participaba activamente en las atrocidades. Aunque los Acuerdos de Paz pedían la creación de una nueva fuerza policiaca civil, en la práctica las filas de la Policía Nacional Civil (PNC) están ocupadas por antiguos soldados y oficiales. Muchos observadores internacionales han advertido acerca de la corrupción e ineficacia de la policía guatemalteca (U.S. Department of State, 2011, International Crisis Group —Grupo Internacional de Crisis—).

Incluso quienes son muy jóvenes para tener recuerdos nítidos de la guerra, o cualquier tipo de recuerdo en el caso de los adolescentes que siguen tratando de llegar a New Bedford, están marcados por el conflicto.

Hace varios años, un hombre joven que entrevisté escogió el pseudónimo de *Sobreviviente*. Aunque él personalmente no sufrió la guerra, lo que se callaba hacía que el ambiente en su casa fuera más tenso. Fuerzas poderosas, físicas y externas conspiran para que los relatos de las violaciones, de las torturas y de las matanzas de la época de la guerra permanezcan como secretos enterrados (Sanford, 2008; Costantino, 2012).

Durante la época del conflicto armado, los civiles no podían presentar quejas sobre estas formas de violencia. Quienes denunciaban se hacían blanco de sangrientas y aterradoras represalias. Una táctica militar frecuente era poner en un lugar visible las cabezas decapitadas de aquellos que habían denunciado violaciones a los derechos humanos, a menudo con la lengua, los ojos o las orejas cortadas, a modo de advertencia; asimismo, se llevaban a cabo ejecuciones públicas (Arzobispado de Guatemala, 1998). Como no había reparación de daños, los ciudadanos aceptaban que el ejército y la policía hicieran lo que quisieran impunemente. Los ciudadanos también sabían que el sistema judicial no los defendía, ya que los jueces y abogados también recibían amenazas de muerte y, en algunos casos, hasta eran asesinados (López, 2010).

La tinta apenas se había secado en los Acuerdos de Paz cuando, como se observó anteriormente, la Iglesia católica, bajo la dirección del obispo Juan Gerar-

di, organizó el proyecto Recuperación de la Memoria Histórica, conocida con el acrónimo Remhi. Las Naciones Unidas crearon un grupo análogo conocido como la Comisión del Esclarecimiento Histórico. La Remhi invitó a víctimas y sobrevivientes de todo el país para que contaran sus historias, y contrató a promotores de diferentes grupos étnicos y lingüísticos mayas para facilitar la participación. Adrián Ventura trabajó para la Remhi en el Quiché y viajó a las aldeas y pueblos para alentar a la gente a que se presentara, ya que ésta temía a las represalias porque las comisiones de la verdad no tenían ningún poder para procesar a los autores materiales e intelectuales del genocidio. Él mismo ha padecido las atrocidades; a dos de sus hermanos los mataron durante el conflicto armado, pero él fue el único miembro de una familia muy grande que participó con la Remhi, o que habló públicamente sobre lo que pasó durante la guerra.

En muchas comunidades, los perpetradores o colaboradores de esos crímenes eran terratenientes adinerados a los que agricultores endeudados o sin tierra les debían dinero o, en el caso de las así llamadas Patrullas de Autodefensa Civil, eran sus vecinos o familiares. Así que en los pequeños poblados o en las comunidades rurales, los supervivientes del genocidio vivían al lado de los que habían llevado a cabo o facilitado torturas, violaciones y asesinatos. El precio de denunciar era tan alto para las personas que tenían que vivir en comunidades pequeñas y unidas que muchas prefirieron guardarse sus historias (Rothenberg, 2012; Nelson, 2009; Foxen, 2007; Green, 1999; Sanford, 2000; Wilkinson, 2004).

Ambas comisiones publicaron largos y detallados informes (la versión original del informe de la Remhi, *Guatemala: nunca más*, ocupó varios volúmenes) que proporcionaban evidencia gráfica de una campaña sistemática de torturas, violaciones y masacres, casi completamente a manos del ejército guatemalteco. Aunque el proceso de verdad y reconciliación parecía ofrecer la posibilidad de una reconciliación social, dichas esperanzas se vinieron abajo dos días después de la publicación del informe *Guatemala: nunca más* (Arzobispado de Guatemala, 1998). El coordinador principal del informe, el arzobispo Juan Gerardi, fue golpeado a muerte en el garage de su casa. La investigación de este asesinato se alargó durante años y varios de los jueces, abogados y testigos del caso recibieron amenazas de muerte. Esto sólo reforzó la opinión de muchos de que no sólo es difícil, sino imposible, que se haga justicia a través del sistema legal. La guerra creó una cultura de impunidad, una herencia que sigue siendo evidente hoy en día.

Cuando llegaron a Estados Unidos, los migrantes traían con ellos esa cultura de silencio y de mantener las cosas en secreto en cuanto a todo lo que rodeaba la violencia de la época de la guerra. Muchos migrantes estaban concentrados en las preocupaciones cotidianas y no tenían mucho tiempo o energía mental para otra cosa. Aunque muchos migrantes han aprendido que desenterrar el pasado puede

ser un paso para asegurar su estatus en Estados Unidos, a través del asilo político, no muchos lo han solicitado. Todavía hay una cierta presión, real o imaginaria, para permanecer en silencio. Casi todos tienen familia en Guatemala y temen represalias en contra de sus familiares si llegaran a denunciar lo que sufrieron y presenciaron durante la guerra. Además, algunos de los perpetradores o autores intelectuales de los crímenes de guerra viven en Estados Unidos, a menudo con estatus legal, lo que los ha colocado a veces como intermediarios para los inmigrantes indocumentados que necesitan ayuda con trabajo, transporte o vivienda. Foxen (2007), en su análisis sobre la comunidad maya transnacional de la cercana Providence, Rhode Island, describe una serie similar de relaciones entre antiguos oficiales militares que pudieron inmigrar de forma legal, establecerse en la comunidad y convertirse en representantes culturales de los indocumentados que iban llegando, algunos de los cuales eran sobrevivientes o familiares de las víctimas de las masacres que llevaron a cabo.

La cultura del silencio y la suposición de que quienes están en el poder actuarán con impunidad se difunde en las vidas cotidianas de los migrantes de New Bedford. Los migrantes que han sufrido agresiones en la calle o la violencia diaria de las vejaciones en los lugares de trabajo (que incluyen condiciones peligrosas pero también violencia verbal, como amenazas de llamar al servicio de inmigración, epítetos raciales y acoso sexual) son renuentes a hablar no sólo porque temen represalias de sus jefes, sino también debido a su experiencia pasada en Guatemala. En aquel país había una cultura de impunidad que no empezó con el conflicto armado, sino que tiene profundas raíces raciales y jerárquicas de clase, en donde el poder del patrón (que por lo general es un hombre ladino) es incuestionable, y los organismos gubernamentales importantes son impasibles, inútiles o están en deuda con políticos poderosos o élites económicas. Muchos mayas rurales aprendieron a sobrevivir en ambientes hostiles manteniendo sus ojos hacia abajo y quedándose callados, y es difícil olvidar esas técnicas de supervivencia.

Hasta después de la redada del ICE de 2007 fue cuando Adrián Ventura, mencionado anteriormente, rompió el silencio y le contó a uno de los abogados que estaban ayudando a los detenidos lo que había vivido durante la época de la guerra. Para poder obtener el derecho a asilo, propuesto por el abogado, tenía que ir al psicólogo para certificar el trauma que había sufrido en las décadas pasadas, para que fuera un argumento aceptable en la audiencia de asilo. Otro líder de la comunidad lo menospreció por haber ido al psicólogo, insinuando que haber hecho eso era una señal de debilidad. Ésta fue la primera vez en su vida que Adrián habló sobre cómo vio a los soldados torturar a su padre y violar en grupo a sus familiares mujeres, así como de su propia experiencia de ser torturado, junto con la brutalidad que sufrió cuando era un conscripto militar adolescente. El desplazamiento de la migra-

ción y el trauma de la redada crearon irónicamente un espacio para trabajar la memoria (Haug, 1992). Sólo unos pocos hicieron lo mismo.

Quisiera terminar haciendo una analogía entre el desenterrar el pasado de la guerra y las políticas de la memoria en Guatemala y los procesos que se han puesto en marcha en la comunidad migrante. En los últimos años, en varios procedimientos legales que han tenido mucha publicidad, el sistema judicial guatemalteco, bajo la dirección de la exfiscal general, Claudia Paz y Paz Bailey, ha presentado cargos en contra de varios de los responsables de las masacres y otras atrocidades, incluyendo al exdictador Efraín Ríos Montt. Esos juicios han reavivado un debate público sobre la guerra. Algunos funcionarios públicos, la élite civil y el presidente en este periodo, Otto Pérez Molina, un exmilitar,¹⁶ alegan que el pasado es el pasado, e indican que aquellos que están presionando para abrir las viejas heridas serán responsables de iniciar una nueva ola de violencia. Los fiscales, abogados y jueces que han llevado a cabo juicios por genocidio han recibido amenazas de muerte. Sin embargo, en varios casos se ha podido condenar a los culpables; a cuatro soldados que masacraron a más de doscientos campesinos en la plantación Dos Erres en Alta Verapaz, se les sentenció a 6060 años de cárcel a cada uno (una pena de treinta años por cada una de las doscientas una víctimas y otra más de treinta años por crímenes contra la humanidad) (Gámez, 2011). Yo estaba en Guatemala cuando se dictaron esas sentencias. La extensión de esas penas era en gran parte simbólica, ya que el sistema legal guatemalteco tiene como pena máxima cincuenta años de cárcel. No obstante, era indiscutiblemente una satisfacción repetir en voz alta aquellas penas increíblemente largas.

Había señales de esperanza de que hubiera un cambio en la cultura del silencio y de la impunidad. Durante el juicio de Ríos Montt, varias mujeres del grupo étnico maya ixil rompieron treinta años de silencio al declarar sobre las violaciones y otros crímenes de guerra, oponiéndose a los esfuerzos de las autoridades locales que querían impedir que ellas declararan (Malkin, 2013). Al hacer esto, se rompió con el endémico del silencio de la guerra, se habló de la violencia de género y se vio la capacidad de actuar de las mujeres mayas. Aunque investigadores, grupos forenses y comisiones de la verdad habían reunido historias sobre la violencia sexual durante el conflicto armado, por primera vez estas historias se contaban públicamente a través de la radio, la televisión y otros medios ante una audiencia nacional y global.

El hecho de que un antiguo jefe de Estado fuera acusado formalmente de genocidio y crímenes contra la humanidad en las cortes de su propio país era un logro histórico. Tanto los medios de comunicación dominantes como los alternati-

¹⁶ Fue instalado en enero de 2012, y su presidencia concluye en 2016. Según la Constitución Política, hay un límite de un plazo para la presidencia.

vos transmitieron en vivo los acontecimientos, que fueron vistos atentamente en toda Guatemala y también en algunas comunidades migrantes, incluyendo la de New Bedford. Cuando la jueza lo declaró culpable y le impuso una pena de prisión de ochenta años, las víctimas y los sobrevivientes lloraron, y la jueza también lloró (García, 2013). Sin embargo, los empresarios y sus aliados militares organizaron protestas públicas y lanzaron una campaña mediática en la que insinuaban que habría derramamiento de sangre y que se perderían vidas si se mantenía el veredicto (DPA, 2013). Una corte superior anuló la sentencia y fijó una nueva fecha de juicio para abril de 2014; luego reprogramó para enero de 2015 (Agence France-Presse, 2013). En enero de 2015 Ríos Montt apareció para su audiencia en una ambulancia, y logró la suspensión del caso en su contra (*La Prensa Gráfica*, 2015). Para muchos observadores, el hecho de que la élite ladina (no indígena) lograra que se anulara la sentencia demostró que el sistema legal en Guatemala no es ni independiente ni imparcial, por el contrario, está sujeto a la presión política. Las autoridades y élites nacionales denigraron a las mujeres ixiles que habían declarado, ya que su participación en un tribunal público desafiaba las normas raciales y patriarcales; pero la participación de ellas en el juicio reflejó un cambio histórico importante. Así, estas mujeres, miembros de un grupo que había sido marginalizado y al que le habían quitado la voz y lo habían hecho invisible, habían dado un paso adelante como protagonistas; como lo indicó el especialista guatemalteco mestizo Egla Martínez Salazar, estaban ayudando a construir una forma de “ciudadanía desde abajo” (Martínez Salazar, 2000). No obstante, presión por parte de la élite obligó a la fiscal Claudia Paz y Paz Bailey a salir de su posición once meses antes de que terminara su mandato.

De la misma manera, la voluntad cada vez mayor de los inmigrantes mayas de New Bedford de hablar sobre las vejaciones en su lugar de trabajo, los robos y las agresiones violentas refleja su rechazo a la invisibilidad y al silencio. Algunos están dispuestos a arriesgarse: Samuel, que violó su orden de deportación al regresar a Estados Unidos para estar con sus hijos, ha denunciado las condiciones de sus lugares de trabajo actuales y las vejaciones de las agencias de empleo temporal. En un mercado laboral reducido, con alto índice de desempleo local y regional, a los inmigrantes que tienen trabajo les preocupa perderlo, así que a veces son renuentes a participar en casos contra empleadores o supervisores, ya que no tienen garantía de lograr un buen resultado, y con esto no sólo podrían perder un trabajo en particular, sino también otros empleadores locales podrían ponerlos en la lista negra. Algunos casos se han alargado durante mucho tiempo, y no todos han alcanzado buenos resultados. Sin embargo, un número cada vez mayor de inmigrantes indocumentados están venciendo sus miedos y dando un paso adelante. Aunque en Estados Unidos la ciudadanía legal está más allá del alcance de la mayoría de los mayas de

New Bedford, ellos, junto con otros centroamericanos están ejerciendo una forma alternativa de ciudadanía, a la que podríamos llamar la ciudadanía del trabajo o del lugar de trabajo.¹⁷ Esta idea de la ciudadanía del trabajador está dirigida a las instituciones de Estados Unidos. No obstante, la experiencia de marginalidad de los mayas de New Bedford no sólo está en relación con la clase política de Estados Unidos, sino también con el gobierno de su país de origen. Al igual que muchas comunidades de migrantes, los mayas de New Bedford sienten que el gobierno de Guatemala no les toma en cuenta salvo como una fuente de remesas. Esto lo ven como un remanente de la falta de atención que las comunidades de sus pueblos natales padecían por parte del gobierno guatemalteco. Eran, de muchas formas, en casa, ciudadanos de segunda clase o incompletos. La comunidad maya de New Bedford ha tratado de vez en cuando que el consulado guatemalteco participe en asuntos que van más allá de expedir documentos oficiales, por ejemplo, en temas de agresiones. Cada vez sienten que tienen más derecho a entablar demandas en contra el gobierno de su país de origen o, por lo menos, en contra sus representantes en Estados Unidos. En otras palabras, están ejerciendo simultáneamente la ciudadanía del trabajador (dirigida a las instituciones, autoridades y residentes estadounidenses), la de la diáspora (Laguerre, 1998) o la ciudadanía transnacional (Bauböck, 1995), dirigida a la clase política guatemalteca.

Sería una exageración decir que los riesgos son los mismos para los testigos en un juicio por genocidio que para los migrantes indocumentados que denuncian delitos o vejaciones en el lugar de trabajo, aunque en ambos casos vemos a los mayas ejercer su capacidad de actuar y desafiar a los regímenes existentes de ciudadanía legales y políticos. Sin embargo, estos acontecimientos no son sólo coincidentes, sino que pueden estar relacionados de manera más profunda. Algunas de las comunidades de migrantes han seguido atentamente los juicios por genocidio, y esto ha hecho que haya más conversaciones abiertas sobre la guerra entre la población maya de New Bedford. En abril de 2014, el CCT patrocinó una plática con Makrina Gudiel, una activista guatemalteca de derechos humanos. El nombre del hermano de Gudiel aparece en el infame *Diario militar*, la bitácora en donde el ejército anotaba a la gente que había capturado, torturado y desaparecido. Unas cuantas docenas de miembros de la comunidad maya la oyeron con atención describir cómo a ella y su familia se les persiguió y amenazó durante y después de la guerra. Posteriormente, Adrián se acercó a mí y me dijo que Petronila (no es su verdadero nombre), una sobreviviente del genocidio, quien había visto al ejército quemar vivos a sus

¹⁷ Entre la entrega de la versión original del presente texto en abril 2014 y la redacción del texto final, el presidente Obama anunció una acción ejecutiva que podría otorgar un estatus legal temporal a ciertos migrantes, sobre todo los que tienen hijos nacidos en Estados Unidos, pero no se sabe cuántas personas en la comunidad en New Bedford serían beneficiadas por esta política.

familiares, y varias personas más estaban dispuestas a contar su historia públicamente. Algunos migrantes están interesados en desarrollar un proyecto comunitario de historia oral, en donde se graben los testimonios y se divulguen en línea. Aquellos que tienen hijos que nacieron en el relativo confort de Estados Unidos quieren que éstos entiendan un poco las razones por las cuales sus padres están aquí. Este proyecto tiene como modelo el de la Remhi en Guatemala, aunque con un menor alcance. Sin embargo, no tienen planeado parar con las memorias de la violencia de la época de la guerra. También quieren grabar historias como las que brevemente he esbozado aquí, sobre las agresiones y vejaciones en el lugar de trabajo. Hace algunos meses, el CCT, de manera más sistemática, empezó a entrevistar a trabajadores que tenían quejas, así como a registrar estos casos por medio de extensas notas escritas a máquina. Ahora quieren hacer uso de los medios sociales y de Internet para exponer estas condiciones, y así romper el silencio alrededor de estas diversas formas de violencia. Aunque este proyecto está en pañales, es importante que los mismos mayas lo hayan puesto en marcha. En parte, esto es resultado indirecto de la redada de 2007, que hizo que la comunidad de New Bedford llamara la atención de los periodistas y de los especialistas. Investigadores de Boston, Amherst, Arizona y de otras partes viajaron a New Bedford y entrevistaron a los detenidos y a sus familias; algunos investigadores y periodistas entrevistaron a familiares y a deportados en Guatemala. Aunque los migrantes activistas reconocieron el beneficio de que investigadores de fuera con credenciales periodísticas o académicas escribieran historias y artículos (la distinción entre periodismo e investigación erudita no les queda clara a muchos migrantes), también se sintieron desilusionados por no poder controlar el contenido de lo que se publicaba o transmitía. Además, como casi todo eso estaba en inglés, no podían entender los artículos (los diccionarios y los traductores en línea tienen sus límites) a menos que una persona bilingüe los ayudara. Ahora ellos querían contar sus propias historias. Grabar sus propios testimonios podría permitirles narrar sus propias historias y controlar las condiciones de su difusión, así como armar su propias cronologías, pero quizá también entrar en un proceso colectivo de reflexión.

Quizá haya otros intereses en juego. La comunidad maya de New Bedford ha participado en campañas públicas que reclamaban una reforma migratoria integral y, en ausencia de cualquier movimiento por parte de la dirigencia federal, están organizando activamente una campaña en todo el estado para que los indocumentados puedan obtener licencias de conducir. Para algunos, como José Ventura, miembro de la junta ejecutiva de CCT, el asunto de los delitos callejeros está muy relacionado con la falta de licencias de conducir para los migrantes indocumentados: “si los trabajadores migrantes de New Bedford pudieran manejar de forma legal, su vulnerabilidad disminuiría, ya que sería menos probable que anduvieran a pie o en bicicleta” (Ríos, 2014a).

Cuando se discute la inmigración, a menudo los mayas toman la postura retórica de que como son indígenas no son técnicamente inmigrantes, ya que las fronteras nacionales las impusieron los europeos. En otros momentos, o incluso al mismo tiempo, dicen que no son inmigrantes porque los quinientos años de historia de guerra y desplazamientos, que culminaron en el conflicto armado, los convierte en refugiados.¹⁸ Se fueron de Guatemala no porque quisieran, sino porque tenían que hacerlo. Así que grabar las historias que esclarecen el porqué los mayas vinieron a New Bedford es una manera de intervenir en el discurso sobre la migración indocumentada, tanto a nivel nacional como local. Por supuesto, hay investigadores que han iniciado muchos proyectos, documentalistas y ONG que han puesto cámaras en manos de comunidades indígenas u otros grupos marginados, y les han enseñado las técnicas básicas que se necesitan para grabar sus propias historias (Elder, 1995; Wilson, Stewart y Córdova, 2008). Uno de los más viejos y mejor conocido es el proyecto *Videos nas aldeias* (video en los pueblos), iniciado por una ONG brasileña en 1987, que ha creado varias generaciones de videastas de Kayapo (Aufderheide, 1995).

Sin embargo, hasta el momento de estar yo escribiendo este artículo, los mayas de New Bedford no habían escuchado nada de esos proyectos, pero eran conscientes del poder de los medios sociales. Muchos de los mayas de New Bedford tienen cuentas en Facebook, y con frecuencia siguen los acontecimientos de Guatemala a través de esta red social y de YouTube, así que podrían estar listos para ser el grupo más reciente de “mayas digitales”.

Conclusión

La temporalidad, la violencia y la memoria están intrincadamente ligadas a la historia reciente de Guatemala, a medida que las polémicas en curso sobre los juicios por genocidio se acentúan. Existen procesos similares que se están llevando a cabo en otros contextos posconflicto y posgenocidio, como en Ruanda y Sudáfrica, en donde las políticas de la memoria son muy controvertidas. Estas conexiones están también presentes, como ya lo he dicho, entre los migrantes mayas de Estados Unidos. Los acontecimientos del pasado más distante determinan cómo se entienden, recuerdan y narran los sucesos recientes o actuales, y esto también funciona en la dirección opuesta, ya que las experiencias más próximas ayudan a comprender las épocas históricas anteriores. La redada del ICE de 2007 fue una ruptura his-

¹⁸ En el caso de Guatemala, aunque todavía no han pasado quinientos años desde la llegada de los españoles, los activistas mayas han adoptado, tanto en Guatemala como en Estados Unidos, la retórica que surgió de la respuesta indígena al V centenario de los viajes de Colón.

tórica que produjo cambios duraderos en la estructura del mercado laboral local y en las relaciones sociales de producción, y al mismo tiempo lanzó a los mayas a una nueva forma de protagonismo y de capacidad de actuar, ya que no sólo han intentado abordar el problema de las vejaciones en los lugares de trabajo de New Bedford, sino también han tratado de que su presencia en la comunidad sea una afirmación positiva. La redada sigue siendo un punto crítico de referencia en las conversaciones actuales sobre los derechos en los lugares de trabajo, así como lo es el conflicto armado y la invasión española. Este tipo de reflexión podría parecer un tanto abstracta, pero para los mayas de New Bedford, como espero haberlo demostrado, éstos pueden ser asuntos de vida o muerte. Poder contar la historia de uno de manera creíble y ponerla en un contexto histórico, o en muchos contextos históricos, puede significar la diferencia entre la deportación y la capacidad para permanecer de forma legal en Estados Unidos. Para los recién llegados que son detenidos en la frontera, puede significar la diferencia entre languidecer durante meses en la detención y la deportación o que se les otorgue alguna ayuda y se reúnan con su familia en New Bedford. Sin embargo, más allá de esas situaciones individuales, los miembros de la comunidad, a través de su protagonismo activo, esperan cambiar o por lo menos participar en el debate sobre la inmigración y en discursos de asuntos más locales, como el de la seguridad pública y la delincuencia.

Un análisis de las políticas de la ciudadanía, la nación y la pertenencia, tanto para los mayas en relación con el Estado-nación guatemalteco, como para los migrantes indocumentados en Estados Unidos, está más allá del ámbito de este artículo. No obstante, el análisis anterior también indica la compleja interrelación entre los acontecimientos en Guatemala y los de las comunidades migrantes de ese país, así como las analogías entre las formas alternativas de ciudadanía que están ejerciendo los mayas en ambos lugares.

Fuentes

AGENCE FRANCE-PRESSE

2013 “Reprograman para 2015 el juicio por genocidio contra Ríos Montt”, *El Faro*, 6 de noviembre, en <<http://www.elfaro.net/es/201311/internacionales/13841/Reprograman-para-2015-el-juicio-por-genocidio-contr-R%C3%ADos-Montt.htm>>.

ARZOBISPADO DE GUATEMALA. OFICINA DE DERECHOS HUMANOS.

PROYECTO INTERDIOCESANO RECUPERACIÓN DE LA MEMORIA HISTÓRICA

1998 *Guatemala nunca más*, t. I-IV. Guatemala: Proyecto Interdiocesano de Recuperación de la Memoria Histórica, Oficina de Derechos Humanos del Arzobispado de Guatemala.

ASAD, TALAL, ed.

1975 *Anthropology and the Colonial Encounter*. Londres: Ithaca Press.

AUFDERHEIDE, PAT

1995 “The Video in the Villages Project; Videomaking with and by Brazilian Indians”, *Visual Anthropology Review* 11, no. 2: 82-93.

BAUBÖCK, RAINER

1995 *Transnational Citizenship: Membership and Rights in International Migration*. Aldershot, Hants, Inglaterra: E. Elgar Publishers.

BOSS, JUDITH A. y JOSEPH D. THOMAS

1983 *New Bedford: A Pictorial History*. New Bedford, Mass.: New Bedford Five Cents Savings Bank.

BRANDS, HAL

2010 *Crime, Violence and the Crisis in Guatemala: A Case Study in The Erosion of the State*, Strategic Studies Institute, U.S. Army War College, mayo, en <<http://www.strategicstudiesinstitute.army.mil/pdf/files/PUB986.pdf>>, consultada el 3 de abril de 2014.

BROWN, CURT

2012 “Mayans Tell New Bedford Police They Are Being Targeted, Beaten, Robbed”, *The Standard Times*, 24 de febrero.

COMISIÓN PARA EL ESCLARECIMIENTO HISTÓRICO (CEH)

1999 *Guatemala: memoria del silencio*.

COSTANTINO, ROSELYN

2012 "Guatemaltecas Have Not Forgotten: From Victims of Sexual Violence to Architects of Empowerment in Guatemala," en J. Roth y C. Rittner, eds., *Rape: Instrument of War and Genocide*. St Paul, Minn.: Paragon House.

DIRLAM, JOEL, DAN GEORGIANA, RALPH TOWNSEND y CORINN WILLIAMS

2006 "The Flexibility of Fresh Groundfish and Herring Processing in New England," *Final Report, Cooperative Education and Research, NOAA Contract #NA03NMF4550368*.

DOERINGER, PETER B., PHILIP I. MOSS y DAVID G. TERKLA

1986 *The New England Fishing Economy: Jobs, Income and Kinship*. Amherst: University of Massachusetts Press.

DOYLE, KATE

2012 "Justice in Guatemala", *NACLA Report on the Americas* 45, no. 1: 37-42.

DPA

2013 "Guatemala pide apoyo mientras anuncian protestas por Ríos Montt", *El Economista*, 13 de mayo, en <<http://www.economista.net/noticias/144579-guatemala-pide-apoyo-mientras-anuncian-protestas-por-rios-montt-html>>.

ELDER, SARAH

1995 "Collaborative Filmmaking: An Open Space for Making Meaning, a Moral Ground for Ethnographic Film", *Visual Anthropology Review* 11, no. 2: 94-101.

FALLA, RICARDO

2011 Presentación en el Congreso de Estudios Mayas, Universidad Rafael Landívar, 3 de agosto (notas del autor).

1992 *Masacres de la Selva: Ixcán Guatemala 1975-1982*. Ciudad de Guatemala: Editorial Universitaria de Guatemala.

FOXEN, PATRICIA

2007 *In Search of Providence: Transnational Mayan Identities*. Nashville: Vanderbilt University Press.

GÁMEZ, DOUGLAS

2011 “Histórica sentencia a exmilitares por masacre en Dos Erres en Guatemala”, en Agencia Popular de Comunicación Suramérica, 2 de agosto, en <<http://www.apc-suramerica.net/?p=1400>>.

GARCÍA, JACOBO G.

2013 “El exdictador guatemalteco Ríos Montt, condenado a 80 años de cárcel por genocidio,” *El Mundo*, 5 de noviembre, <<http://www.elmundo.es/america/2013/05/11/noticias/1368226894.html>>.

GEORGIANA, DANIEL y ROBERTA HAZEN AARONSON

1993 *The Strike of '28*. New Bedford, Mass.: Spinner Publications.

GUATEMALAN COMMISSION FOR HISTORICAL CLARIFICATION (CEH)

1999 *Guatemala: Memory of Silence*, en <<http://shr.aaas.org/guatemala/ceh/report/english/toc.html>>.

GOLDMAN, FRANCISCO

2007 *The Art of Political Murder: Who Killed The Bishop?* Nueva York: Grove Press.

GONZALEZ-BARRERA, ANA y JENS MANUEL KROGSTAD

2013 “U.S. Deportations of Immigrants Reach Record High in 2013,” Pew Research Center, *Fact Tank: News In the Numbers*, 2 de octubre 2014, en <<http://www.pewresearch.org/fact-tank/2014/10/02/u-s-deportations-of-immigrants-reach-record-high-in-2013/>>.

GRANDIN, GREG

2000 *The Blood of Guatemala*. Durham, N.C.: Duke University Press.

GREEN, LINDA

1999 *Fear as a Way of Life: Mayan Widows in Guatemala*. Nueva York: Columbia University Press.

GUTTMAN, HERBERT

1977 *Work Culture and Society in Industrializing America*. Nueva York: Vintage Press.

HARRISON, FAYE, ed.

1997 *Decolonizing Anthropology: Moving Further Toward an Anthropology of Liberation*. 3ª. ed. Washington, D.C.: American Anthropological Association.

HAUG, FRIGGA

1992 *Beyond Female Masochism: Memory-Work and Politics*. Nueva York: Verso.

HYMES, DELL, ed.

1979 *Reinventing Anthropology*. Nueva York: Vintage Books.

INTERNATIONAL CRISIS GROUP

2011 "Guatemala: Drug Trafficking and Violence", en *Latin American Report*, no. 39, octubre, en <<http://www.crisisgroup.org/~media/Files/latin-america/39%20Guatemala%20--%20Drug%20Trafficking%20and%20Violence.pdf>>, consultada el 3 de abril de 2014.

JURAVICH, TOM

2009 *At The Altar of the Bottom Line: The Degradation of Work in the Twenty-first Century*. Amherst, Mass.: University of Massachusetts Press.

KNAUER, LISA MAYA

2011a "The Maya of New Bedford: Genesis and Evolution of a Community 1980-2010", *Historical Journal of Massachusetts* 39, nos. 1 y 2 (verano): 171-205.

2011b "You're the Anthropologist, You Know What To Write", *Practicing Anthropology* (invierno).

LAGUERRE, MICHAEL

1998 *Diasporic Citizenship: Haitian Americans in Transnational America*. Nueva York: St. Martins Press.

LASSITER, LUKE ÉRIC

1999 "Authoritative Texts, Collaborative Ethnography, and Native American Studies", *The American Indian Quarterly* 24, no. 4 (otoño): 601-614.

LI, JUN

2008 "Ethical Challenges in Participant Observation: A Reflection on Ethnographic Fieldwork", *The Qualitative Report* 13, no. 1 (marzo): 100-115.

LÓPEZ, JULIE

2010 "Guatemala's Crossroads: Democratization of Violence and Second Chances", Woodrow Wilson International Center for Scholars, Working Paper Series on Organized Crime in the Americas, diciembre de 2010.

MALKIN, ELIZABETH

2013 "In Testimony, Guatemalans Give Account of Suffering", *The New York Times*, 14 de abril, p. A9.

MARTÍNEZ SALAZAR, EGLA J.

2000 "Guatemalan Mayan Women: Threatened Peace and Citizenship From Below", *Canadian Woman Studies* 20, no. 3: 172-175.

MENJIVAR, CELIA

2006 "Liminal Legality: Salvadoran and Guatemalan Immigrants' Lives in the U.S.", *AJS* 111, no. 4 (enero): 999-1037.

MOERAN, BRIAN

2007 "From Participant Observation to Observant Participation: Anthropology, Fieldwork and Organizational Ethnography", *Creative Encounters Working Papers #2*. Copenhagen, D.K.: Copenhagen Business School.

MONTEJO, VICTOR

1995 *Testimony: Death of a Guatemalan Village*. Trad. Victor Perera. Austin, Tx: Curbstone Press.

NELSON, DIANE

2009 *Reckoning: The Ends of War in Guatemala*. Durham, NC: Duke University Press.

PORT OF NEW BEDFORD

s.f. *Port of New Bedford* website, <<http://www.portofnewbedford.org/commercial-fishing/>>, consultada el 7 de abril de 2014.

RÍOS, SIMÓN

2013a "Ex-Bianco Worker Remembers Raid", *The Standard Times*, 7 de marzo.

2013b "Local Guatemalans Celebrate Genocide Verdict against Former Dictator", *The Standard Times*, 13 de mayo, en <Southcoasttoday.com>.

2014a "Should Undocumented Immigrants Be Eligible For Driver's Licenses?", *The Standard Times*, 9 de marzo.

2014b "Immigrant Activist Attacked for Second Time in Three Months", *The Standard Times*, 3 de abril.

ROTHENBERG, DANIEL, ed.

2012 *Memory of Silence: The Guatemalan Truth Commission Report*. Nueva York: Palgrave.

SAM, JUAN

2014 Comunicación personal.

SANFORD, VICTORIA

2008 "From Genocide to Femicide: Impunity and Human Rights in Twenty-first Century Guatemala", *Journal of Human Rights*, no. 7: 104-122.

2000 *Buried Secrets: Truth and Human Rights in Guatemala*. Nueva York: Palgrave MacMillan.

SCHEPER-HUGHES, NANCY

1993 *Death without Weeping: The Violence of Everyday Life in Brazil*. Berkeley: University of California Press.

SCHLESINGER, STEPHEN y STEVEN KINZER

2006 *Bitter Fruit: the Story of the American Coup in Guatemala*, ed. rev. Cambridge, Mass.: David Rockefeller for Latin American, Harvard University.

SHERMAN, NATALIE

2013 "Bianco Anniversary Ends with Call for Immigration Reform", *The Standard Times*, 10 de marzo.

SIN AUTOR

2015 "Suspenden juicio a Ríos Montt y lo envían a casa", *La Prensa Gráfica*, 6 de enero, en <<http://www.laprensagrafica.com/2015/01/06/suspenden-juicio-a-rios-montt-y-lo-envian-a-casa>>.

STEIN, ARLENE

2010 "Sex, Truth and Audiotape: Anonymity and the Ethics of Exposure in Public Anthropology", *Journal of Contemporary Ethnography* 39, no. 5 (octubre): 554-568.

STOLL, DAVID

2012 *El Norte or Bust! How Migration Fever and Microcredit Produced a Financial Crash in a Latin American Town*. Nueva York: Rowman and Littlefield.

TEDLOCK, BARBARA

1992 *Time and the Highland Maya*. Albuquerque: University of New Mexico Press.

1991 “From Participant Observation to the Observation of Participation: The Emergence of Narrative Ethnography”, *Journal of Anthropological Research*, no. 47: 59-94.

U.S. CENSUS BUREAU

s.f. U.S. Census Bureau Fact Finder, en <<http://factfinder2.census.gov/faces/tableservices/jsf/pages/productview.xhtml?src=bkml>>, consultada el 7 de 2014.

VAN DEN HOONAARD, WILL C.

2003 “Is Anonymity an Artifact in Ethnographic Research?”, *Journal of Academic Ethics* 1, no. 2: 141-151.

VENTURA, ADRIÁN

Comunicación personal, varias, entre 2009 y el presente.

WILKINSON, DANIEL

2004 *Silence on the Mountain: Stories of Terror, Betrayal and Forgetting in Guatemala*. Durham, N.C.: Duke University Press.

WILSON, KIMBERLY

2009 Entrevista con la autora.

WILSON, PAMELA, MICHELLE STEWART y AMALIA CÓRDOVA, eds.

2008 *Global Indigenous Media: Cultures, Poetics and Politics*. Durham, N.C.: Duke University Press.

WOLFBEIN, S.L.

1944 *Decline of a Cotton Mill City: A Study of New Bedford*. Nueva York: Columbia University Press.

U.S. DEPARTMENT OF STATE, OFFICE OF DIPLOMATIC SECURITY

2011 “Guatemala 2011 Crime and Safety Report”, 7 de abril de 2011, en <<https://www.osac.gov/pages/contentreportpdf.aspx?cid=10789>>.